

Capítulo 219 El Espectro

Paimon notó la expresión de Vergil y decidió que era hora de revelar algo más serio.

Deslizó su dedo por la pantalla de la tableta, apareciendo una nueva imagen frente a ellos.

La pantalla ahora mostraba una fotografía borrosa, pero con suficientes detalles para captar la atención de Vergil: un hombre con un traje negro, aparentemente en medio de una ceremonia oscura.

"Este es el maestro de maldiciones que atacó a Viviane", dijo Paimon, con un tono más serio. "Actualmente, este tipo es una amenaza de alto nivel; nuestro sistema lo ha clasificado como Nivel A".



Vergil se inclinó hacia la pantalla, estudiando cada detalle. El hombre de la foto parecía escabullirse entre las sombras; su presencia irradiaba un poder incontrolable. Lo que más le intrigaba era el círculo arcano brillante que lo rodeaba, claramente una invocación de algún tipo de magia oscura.

"¿Quién es?" preguntó Vergil en voz más baja, como si estuviera calculando su siguiente movimiento.

Paimon se cruzó de brazos, con una sonrisa torcida en el rostro. «Este tipo... es uno de los maestros de maldiciones más antiguos. De hecho, todo este cuerpo es algo que le robó a alguien. Su verdadera identidad es un misterio, incluso para nosotros, pero se le conoce como «El Espectro». Se desconoce su poder total, y las maldiciones que lanza son tan poderosas que pueden consumir incluso a alguien tan fuerte como Viviane».



Vergil arqueó una ceja. "¿Entonces él fue responsable de su casi asesinato?", preguntó con voz más fría que antes.

—Sí —respondió Paimon sin dudar—. Usó una maldición de vida o muerte, algo que nadie podía controlar. Viviane casi fue destruida por ella, pero por suerte, la ayudaste. Sin embargo, eso es solo una parte de lo que enfrentamos. El Espectro busca los Fragmentos de Excalibur; sabemos que tiene uno, igual que tú. Y por eso estamos aquí.

Vergil guardó silencio un momento, asimilando las palabras de Paimon. Sabía que, al involucrarse con los Fragmentos, se estaba metiendo en un juego mucho más grande de lo que había imaginado.

"¿Y qué quiere con los fragmentos?" preguntó con la mirada fija en la pantalla de la tableta.

—Poder, como siempre. Pero no es solo eso —respondió Paimon, ahora con palpable seriedad—. Hace unos años, un artefacto auxiliar conocido como el Behelith, un orbe del caos capaz de invocar maldiciones, fue robado de los dominios de la Reina Bruja. Nuestras investigaciones sugieren que ahora intenta usar los fragmentos de Excalibur para... bueno, convertir armas en algo mucho más poderoso.

Vergil guardó silencio un momento, procesando las palabras de Paimon mientras su mente daba vueltas. «Quiere crear un Behelith modificado con los fragmentos de Excalibur...», murmuró, y la revelación le aclaró la visión. «Así que no solo busca poder... Busca crear esto. Si lo logra, la destrucción será inimaginable».

Paimon asintió con una sonrisa sombría. "Exactamente. Y por eso debemos actuar rápido, antes de que termine lo que ha empezado."





Vergil volvió a mirar el mapa; los puntos rojos y los círculos morados marcaban la devastación y los caminos que tomaban los demonios. «No estás solo en esto», dijo con firmeza. «No dejaré que algo así quede sin terminar».

Paimon sonrió, satisfecho con su respuesta. "Sabía que te gustaría. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Atrapamos a este Espectro y detenemos su plan antes de que destruya todo lo que conocemos?"

Vergil no respondió de inmediato. Tenía la mirada fija en el mapa, pero su mente estaba en otra parte, pensando en lo que estaba por venir. Sentía que esta pelea sería diferente a todas las demás, que había algo mucho más importante en juego. Algo personal. "Vamos a por él", dijo finalmente, con la voz fría y cortante de siempre. "Voy a acabar con este cabrón después de lo que le hizo a Viviane".

Paimon observó la intensidad en los ojos de Vergil y sonrió con picardía. Este tipo... quizás debería estar más cerca de él...



Vergil, sin embargo, interrumpió sus pensamientos con un suspiro. «Oh, espera», dijo, poniéndose de pie de repente. «Lo siento, podemos ocuparnos de esto más tarde. Necesito ver a mi esposa. Está despierta».

Paimon, que le había dado la espalda y estaba colocando la tableta sobre la mesa, se giró ligeramente, sorprendida. "Espera, todavía no..."

Pero antes de que pudiera terminar, Vergil ya había desaparecido, teletransportándose rápidamente. Paimon miró el espacio vacío donde había estado, frunciendo el ceño con una mueca de desprecio. «Ah... ya se fue...», murmuró para sí misma, sintiendo que las cosas apenas empezaban a ponerse interesantes.

...



[La Mansión de Scarlet]

Al entrar en la habitación, Vergil encontró a Roxanne despierta, acostada junto a Stella, quien seguía en coma. El rostro de Roxanne estaba sereno, aunque un poco pálido, y él notó la fragilidad en sus rasgos, lo que indicaba que aún no se había recuperado del todo.

"Vergil...", dijo Roxanne con voz suave y aún temblorosa, con la mirada fija en él con una intensidad que solo ella poseía. Había dolor y agotamiento en su mirada, pero también algo más: una fuerza silenciosa, como si intentara mantener la compostura.

"Estoy aquí", respondió él, sentándose en el borde de la cama y tomándole la mano. La observó con atención, preocupado por lo débil que aún parecía. "¿Te sientes mejor?"

Ella asintió levemente, pero su expresión aún no reflejaba una paz absoluta. "Tú... ¿qué le pasó?"

Vergil dudó un momento. Después de todo lo sucedido con las parejas madre-hija, se encontró reflexionando sobre la muerte del padre de Roxanne. Pero hablar de ello era otra cosa. Respiró hondo, intentando mantener la compostura.

"¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?" preguntó Roxanne, rompiendo el silencio.

—Tres días —respondió Vergil, todavía sentado a su lado, con la mirada fija en su rostro, preocupado.





Roxanne, al notar su vacilación, frunció el ceño. "¿Qué pasa, Vergil? No me digas que sigues pensando en ese cabrón".

—Él... ya no te molestará —dijo Vergil directamente, intentando disimular cualquier vacilación. Sabía que Roxanne jamás sentiría lástima ni dudaría de su padre, pero aún sentía el peso de la situación.

Ella lo miró fijamente un momento, evaluando sus palabras, pero luego su expresión se suavizó e hizo un gesto de desdén. "Bien. Se lo merecía de todas formas. Ahora, dime... ¿cómo está mi mamá?"

Vergil suspiró, mirando a Stella con expresión seria. «Le pedí a Viviane que la sometiera a un coma más profundo. No sé qué hizo ese cabrón, pero el ataque psicológico que le infligió fue... devastador. No estaba en condiciones de luchar sola».

Roxanne negó con la cabeza, como si ya supiera la gravedad de la situación. «Parece que este hombre hizo mucho más de lo que imaginaba... No entiendo cómo logró manipularla de esa manera».

—No te preocupes —respondió Vergil, apretándole la mano suavemente—. Lo importante ahora es que lo solucionaremos. Yo me encargaré de todo.

Ella lo miró con gratitud, pero también con determinación. «Siempre te encargas de todo, ¿verdad?», esbozó una sonrisa tenue pero sincera antes de volver su atención a Stella. «Solo quiero verla bien, Vergil. Eso es lo que importa ahora».

Vergil asintió, pero su mente ya estaba en otra parte.

[Sagrada Iglesia de #####]

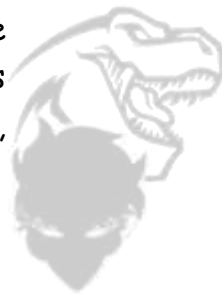




Una mujer de cabello azul, con ojos fríos como el hielo, sujetaba a un sacerdote por el cuello con mano firme e implacable, levantándolo del suelo como si no fuera más que un juguete. Su mirada se clavó en la de él, exigiéndole la verdad.

—Habla. Ahora —gruñó Zex, con la voz cargada de una amenaza mortal. Su espada, ya cubierta por un espeso manto de sangre, reflejaba la tenue luz que se filtraba por las ventanas rotas de la iglesia, una silenciosa advertencia de que no había escapatoria.

El aire estaba impregnado de un fuerte olor a muerte. A su alrededor, los cuerpos de las víctimas, vestidos con túnicas blancas, yacían esparcidos por los pasillos de la iglesia. El blanco que una vez simbolizó la pureza ahora lucía grotesco, transformado en un mar de sangre roja intensa, con manchas que se extendían por el suelo como un reflejo de todo lo destruido. Los ayudantes de la iglesia, los cómplices y aquellos que se habían corrompido en las sombras, todos caídos, exterminados sin piedad.



Zex apretó con más fuerza el cuello del sacerdote, la tensión aumentaba y su mirada de hierro nunca dejó el rostro pálido y aturdido del hombre.

—No tienes mucho tiempo. Di la verdad o esto será lo último que hagas. —La voz de Zex atravesó el silencio como una cuchilla afilada; cada palabra cargaba de brutal amenaza. El sacerdote, con los ojos abiertos de terror, sintió el peso de la muerte justo delante de él, la densa atmósfera de tensión que lo rodeaba, y supo en lo más profundo de su alma que ella no dudaría.

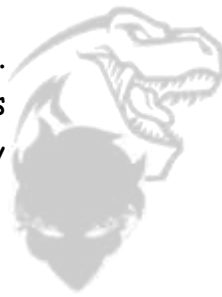
—Puedes matarlo. —La voz de Iridia sonaba fría y distante detrás de Zex. Apareció, arrastrando a otro sacerdote, este vestido con las túnicas negras del culto, y lo arrojó brutalmente al suelo frente a Zex.



El nuevo sacerdote, visiblemente aterrorizado, intentó retroceder, pero las manos de Zex ya rodeaban firmemente el cuello del primero. Iridia, con el rostro marcado por una mezcla de rabia y desesperación, habló con voz tensa: «Lo admitió». Hizo una pausa; el peso de sus palabras aplastó la sala. «Violada. Vendida».

Antes de que el sacerdote pudiera comprender lo que estaba sucediendo, Zex, con un movimiento rápido y despiadado, apretó con más fuerza. El sonido de la carne al ser aplastada resonó por la habitación, seguido de un crujido horrible. En un abrir y cerrar de ojos, el cuello del sacerdote se hizo añicos como un cristal, y su cabeza cayó al suelo con un golpe sordo, rodando lentamente, dejando un rastro de sangre. El líquido rojo se extendió por el suelo y, con un ligero movimiento, salpicó el rostro de Zex, manchando su expresión feroz. No mostró remordimiento, solo absoluta frialdad.

Iridia, con la mirada fija en el cadáver, parecía absorta en sus pensamientos. Murmuró, más para sí misma que para Zex: «Los niños... ¿en cuántos orfanatos de la Inquisición hemos estado?». Su voz era una mezcla de dolor y agotamiento.



—Doce... solo en California —respondió Zex secamente, envainando su espada ensangrentada. Su expresión era cerrada, pero sus ojos —los mismos que una vez reflejaron una fe inquebrantable— ahora parecían vacíos, marcados por los horrores que había presenciado.

"No puedo soportarlo más", dijo Iridia con voz temblorosa de angustia, antes de clavar la espada en la frente del sacerdote, como último acto de condena. Se quedó quieta, con las lágrimas cayendo silenciosamente por su rostro. El dolor era insoportable, pero sabía que nada de esto desaparecería: la visión de los niños, las sonrisas que nunca tendrían, los cuerpos abandonados.

Vergil había dicho la verdad, revelado los nombres, destruido las máscaras que todos llevaban. Y ahora, sentía el peso aplastante de todo lo perdido,



traicionada por quienes se hacían llamar sus hermanos y hermanas... Su fe se hizo añicos.

Zex observó el sufrimiento de Iridia, con el corazón apesadumbrado por la culpa y el arrepentimiento. Contempló la cruz que colgaba de su cuello, símbolo de su fe, que ahora parecía inútil, como una reliquia de un tiempo sin sentido. Su mano ensangrentada tocó la cruz con firmeza, el último vínculo que aún la unía al pasado, a lo que una vez creyó que era un camino de justicia y luz.

Con un largo y profundo suspiro, Zex destruyó la cruz. La madera crujió con un chasquido, la cadena se rompió y, con un último movimiento, cayó al suelo, rota e inútil. «Mi fe no vale nada», dijo con la voz entrecortada. «Si al Dios en el que creía le importa... entonces todo esto fue en vano».

"Volvamos", dijo Zex. "Reconsideremos esa propuesta".

